

LA MIRADA HOLÍSTICA
PILAR COSLADO

La vida sigue igual



Julio Iglesias estrenó 'La vida sigue igual', un clásico en el que la resignación ante los ciclos inevitables de la vida se mezcla con un mensaje de persistencia y continuidad. La letra, una reflexión sobre el paso del tiempo y la rotación de protagonistas, resulta sorprendentemente pertinente para interpretar el resultado de las recientes elecciones en Extremadura. Los comicios dieron la victoria al Partido Popular, que obtuvo 29 escaños, con Vox doblando representación y el PSOE sufriendo un retroceso histórico tras décadas de hegemonía regional. El escenario se repite: un bloque conservador que depende de la ultraderecha, una izquierda debilitada y fragmentada, y unos electores que, entre desgaste y desencanto, reconfiguran el mapa, pero sin romper un cierto equilibrio sistémico. Bajo esta lectura, la canción se convierte en una crónica de la política extremeña. «Unos que nacen, otros morirán. Unos que rien, otros llorarán» Refleja el trasvase de poder tras los comicios: el ascenso del PP y Vox contrasta con la caída abrupta del PSOE en su antiguo bastión. El proceso electoral produce ganadores y perdedores, relevos y despedidas, tal como la canción sugiere respecto a la sucesión de generaciones. «Agua sin cauces, río sin mar. Penas y glorias, guerras y paz» El clima político regional vuelve a vivir tensiones presupuestarias, campañas polarizadas y disputas internas. El resultado no trae estabilidad inmediata, sino nuevas negociaciones e incertidumbre institucional. «Siempre hay por qué vivir, por qué luchar» Este verso encaja con la resiliencia de los partidos tradicionales. El PP persiste en su objetivo de gobernar en solitario, aunque dependa de apoyos externos; el PSOE, pese al fuerte retroceso, se mantiene como fuerza relevante; y la izquierda alternativa crece tímidamente. Persistencia y lucha, aunque con resultados dispares. «Siempre hay por quién sufrir y a quién amar».

El desgaste electoral del PSOE, ligado a escándalos y desafección, muestra que en política también hay lealtades emocionales y quiebras de confianza. El electorado castiga o respalda no solo por programas, sino por identificación y expectativas. «Al final las obras quedan, las gentes se van» Las biografías políticas pasan, pero las administraciones permanecen. El relevo en el Gobierno autonómico, la consolidación de proyectos y la continuidad de ciertas políticas reflejan esa idea de legado institucional «Otros que vienen las continuarán. La vida sigue igual». Aunque el mapa electoral se reorganiza, el funcionamiento del sistema político persiste: pactos necesarios, mayorías insuficientes, dependencia de alianzas y tensiones entre socios. La consolidación de Vox como actor determinante confirma que las mismas dinámicas, pactos, vetos y negociaciones, se repiten con nuevos nombres. «Pocos amigos que son de verdad. Cuántos te halagan si triunfando estás». La letra subraya la volatilidad de las alianzas, reflejo claro en la dificultosa relación entre PP y Vox: colaboran para gobernar pero mantienen rivalidad estratégica. En política, la cercanía se redefine con cada resultado electoral, y los aliados pueden convertirse en adversarios a corto plazo. «Y si fracasas bien comprenderás. Los buenos quedan, los demás se van». El desplome socialista ilustra la dureza de la competencia electoral: dirigentes y apoyos desaparecen con rapidez tras un resultado negativo. En contraste, el núcleo duro de militantes y votantes fieles los que «quedan» se convierte en la base para la reconstrucción futura.

Extremadura confirma la vigencia del mensaje de Julio Iglesias: la vida –y también la política– «sigue igual». Las caras cambian, las fuerzas oscilan, pero el sistema reproduce: vencedores sin mayoría absoluta, negociación obligada con aliados incómodos y una oposición fragmentada.

CARTAS AL DIRECTOR

Ni un puto décimo

Que el primer premio haya caído en mi tierra me importa lo mismo que si hubiera caído en Calahorra porque no me ha tocado a mí. Uno abre el periódico para satisfacer curiosidades muy bolivarianas y lo que se encuentra es la hijoputesca noticia de que el millón le ha tocado a otro. En mi pueblo. Y ahora tengo que organizar mi malicia para escribir esto. Del entendible éxtasis de que te toque el millón a mí lo que me llama la atención es el champán. ¿Lo tiene el lotero debajo del mostrador? ¿Lo tiene Julián, camionero, listo en la despensa? «Carmen, compra, que este año nos toca». Se frota las manos. «Te lo digo yo». Porque uno se imagina la situación de que le toca un millón y tener que bajar al supermercado. Los expertos recomiendan discreción, por nuestro bien: «que parezca luto y no lotería». Ya se sabe. Hay mucho cabrón. Y en los pueblos no es que haya más cabrones, pero están ubicados. Que es peor. O mejor. No sé. Luego sale en la tele esa persona que nunca soy yo. El lotero también celebra que ha vendido el gordo, aunque no vaya a ver ni un duro –que sepamos–. Llegados a este punto, la pregunta natural que de-

bemos hacernos: ¿El lotero también juega? ¿Se guardan un número de cada serie por si acaso? ¿Qué celebra exactamente? ¿Tienen prohibido jugar por las reglas del barrio de que no es negocio que el camello se ponga con su material? Algo debe ganar. Por Dios, denle algo, aunque sea por la alegría contagiosa con la que habla a las cámaras. Piénsenlo: ese lotero ha tenido el primer premio en las manos. Y le ha tocado a otro. Ese gremio es un misterio que se resolvería preguntando, pero no quiero, porque esto va de envidia y la envidia se estropea cuando se entiende. Dirán ustedes que soy mala persona. Aciertan. Porque que te toque la lotería no es solo una alegría doméstica; es una esperanza vergonzante para esos amigos que no se atreven a pedir, pero calculan. En realidad, mi envidia es porque no podré darles nada (no). Otra vez. No existe buen amigo en el mundo que no haya dicho en un bar «si me toca, os quito las deudas». Yo lo he dicho unas quince veces en 2025. Siempre igual: gasto el dinero antes de tenerlo y como con los ojos mucho antes que con la boca. En fin.

JAVIER CRUCES MADRID

Cuesta de enero

Atrás quedan otras navidades, largas, como últimamente son las navidades, y ahora estamos subiendo la cuesta de enero. Enero empieza cada año, con una especie de desánimo, un torpe abatimiento, con una resaca de fiestas, igual que un lunes a gran escala. Después del domingo, la grisura de la monotonía, el volver a empezar. Como cuando vuelve enero, que es la cara aburrida que pone el año, nada más nacer. Pero Valéry, el autor de 'El cementerio marino', dijo más o menos algo parecido a esto: «Que aprovechemos o agradezcamos el día normal, porque algún día, con

la cara enterrada en la almohada, echaremos en falta su presencia». Empezar enero resulta algo triste, pero es inevitable una cierta tristeza porque salimos de unas fiestas navideñas con amigos, amigas, familia, regalos, cenas y comidas muy festejadas y ambientes luminosos y musicales de villancicos y juerga, y enseguida nos vemos en la subida o cuesta de enero. Pero están las rebajas de enero, algo quizá cuestionable, y otros alicientes para superarlo. Y agradecer la salud, el trabajo, y todo eso, que desde luego es algo que no todo el mundo tiene, por desgracia, y que ojalá todo el mundo tuviera. Nada de lamentarse por si no ha to-

cado la lotería, porque mientras no falte el sustento, deberíamos sentir algo parecido a la felicidad. Además, para quienes añoren las fiestas, no hay que esperar mucho para los carnavales, después, las pascuas, y de ahí al verano, no va mucho. Y en octubre ya están otra vez los turrónes en los supermercados. Y de nuevo otra Navidad, porque lo que más corre, que a veces se dice, no sabemos si acertadamente, es el tiempo. Y cuando menos miramos, nos vamos viendo viejos, porque de jóvenes no suele advertirse lo deprisa que pasan los días y lo rápido que pasa todo.

J. A. BARQUILLA
HUERTA DE ÁNIMAS

Las cartas no deberán superar las diez líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, DNI, dirección y número de teléfono del remitente. HOY se reserva el derecho a extractarlas. Dirección de correo electrónico: opinion.hoy@hoy.es

EL ESPEJO CÓNCAVO
CARMEN CLARA BALMADEDA

Propósitos



Por fin terminó la vorágine de las navidades: la Nochebuena, el Año Nuevo y los Reyes Magos. La mayoría de ustedes habrán vuelto hoy al trabajo; otros, lo habrán hecho incluso antes. Y seguramente podamos afirmar que es ese el momento exacto en el que, cada enero, uno se da cuenta de la falsedad que encierra esas promesas de cambio que

afloran tras la última campanada de la noche del 31 de diciembre.

Es habitual que, con la entrada de año, uno se llene de ilusiones y asevere sin miedo a equivocarse «este va a ser mi año» delante de familiares y amigos. Por supuesto, en ningún otro momento los índices de motivación están tan elevados para sentir que podemos cumplir los que nos prometimos a nosotros mismos mientras nos tomábamos las uvas: cuidar la salud física y mental, lograr objetivos profesionales o conseguir pareja nunca parece tan factible como en ese momento.

Pero las fiestas llegan a su fin. Las luces que inundaban las calles se funden y los adornos de Navidad regresan al trastero. Si bien eso no siempre es suficiente para mermar el acicate de perpetrar los propósitos, el tiempo resulta implacable. Pasan los días y en los telediaros escuchamos que Trump transgrede el de-

recho internacional e irrumpe en Venezuela para llevarse por la fuerza a Nicolás Maduro o que decenas de personas murieron en Suiza en una fiesta de fin de año. Amanecemos el 1 de enero con unos problemas idénticos a los del día anterior y el desánimo crece conforme la aciaga verdad va asomando: lo único que ha cambiado es la fecha en el calendario. El mundo sigue siendo el mismo. La rutina sigue siendo la misma. Nosotros seguimos siendo los mismos.

Resulta muy difícil mantenerse firme en la persecución de nuestros objetivos de cambio cuando el mundo a nuestro alrededor nos da una continua sensación de ausencia de control. Cuando falta el tiempo para leer o para ir al gimnasio; cuando el esfuerzo que requieren nuestros objetivos resulta irrealizable. Solo un fallo es necesario para claudicar cuando la creencia popular es la de que solo exis-

te una vez cada 365 días en las que nuestro reloj se reinicia.

La verdad es que, pese a que resulta muy poético pensar que cada año se nos da la oportunidad de empezar de cero, hace tiempo que estimo falaz este hecho. Esperar a que la vida cambie por sí sola es una condena a dejar que todo siga tal y como está. No, nadie mejora si no toma medidas para ello, si no pone el trabajo, si no sigue creando oportunidades.

Tal vez sea cierto que hay muchas cosas que escapan a nuestro control y que la actualidad se presenta cada día más desesperanzadora, pero no caigan ustedes en la trampa de creer que solo cuentan con una ocasión al año para cambiar aquellos aspectos de su vida con los que están menos conformes. Creen cada día sus nuevos propósitos y, cuando fracasen, sigan el consejo de Samuel Beckett: «inténtenlo otra vez, fracasen de nuevo».